88

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ



BURGUESES Y PROLETARIOS

¡ Todos ricos!

os socios de las Conferencias de San Vicente de Paúl visitaban semanalmente á un zapatero semi-ilustrado que, procedente de Barcelona, acababa de instalarse sobre el cuarto piso de una casa de aquella parroquia, en miserable sotabanco. Padecía el pobre socorrido una mielitis crónica que no le permitía trabajar, ni encorvarse, ni permanecer de pie, ni moverse con holgura; pero tenía faz colorada y risueña, ojos vivos y aspecto sano, en una palabra.

Los socios de San Vicente de Paúl comenzaron por darle el socorro material, sin me-

0023500

terse en más honduras; pasaron luego á informarse cariñosamente de su salud, y terminaron adquiriendo algún ascendiente sobre el zapatero y su mujer, que les autorizó para emprender la conquista de aquellas pobrecitas



Dos socios de San Vicente y Crispín el zapatero.

almas, más por ignorancia que por malicia, alejadas de Cristo, y presas por conveniencia de su triste posición en las redes del socialismo anárquico.

El más viejo de los socios se llamaba don Vicente; Juanito, el más joven; Crispin el zapatero, y Manuela su mujer, y los diálogos y conferencias que tuvieron lugar entre los cuatro personajes dichos, entre el zapatero y

- D. Vicente sobre todo, merecen publicarse, y eran del tenor siguiente:
- —Vamos, Crispín, que hoy tiene V. unos colores que dan envidia: nadie dirá, al verle, que está V. enfermo, y esto es indicio de que viene la mejoría poco á poco.
- —Nada de eso, D. Vicente. Me arde la cara de indignación.
- ¿ Y por qué, amigo mío, si puede saberse?
- —Porque acabo de leer en *El Anarquista* lo siguiente:
- « La fortuna de Rothschild, dice un periódico inglés, se calcula en 350 millones de libras esterlinas, ó sean 6 millares 250 millones de francos. Si esta fabulosa suma se convirtiera toda en piezas de un franco, y si estas piezas se colocaran en línea, una junto á otra, la línea en cuestión podría dar cuatro veces la vuelta á la Tierra por el Ecuador. Convertida en piezas de oro de 10 francos, la línea podría dar nueve veces la vuelta á las fronteras de Bélgica.

»Si se redujera á monedas de oro de 25 francos, la suma pesaría dos millones diez y seis mil kilos. Por último, si la fortuna de los

Rothschild se convirtiera en piezas de 5 francos, y con ellas se formara una pila, la altura de la pila mediría 3.125.000 metros, ó 3.125 kilómetros, ó 625 leguas; y si se querían formar varias pilas, podrían ponerse en fila 10.416, todas y cada una tan altas como la torre Eiffel.

»Huelgan los comentarios. Mientras tales escándalos tolera y hasta produce la presente organización social, hay millares de obreros, hermanos nuestros, que, ni aun matándose á trabajar día y noche, ganan lo suficiente para no perecer de hambre. ¡Abajo el monopolio! ¡Mueran los ricos!»

- —Pues mire V., Crispín, Rothschild es ju-dio,—observó Juanito.
 - -Para mí todos son unos ladrones.
- —Cálmese V., amigo Crispín; cálmese V., y se convencerá de que entre los ricos pasa exactamente lo mismo que con los pobres. Hay pobres honradísimos, incapaces de tomar un alfiler sin permiso de su legítimo dueño, obedientes, sumisos, resignados hasta el sacrificio, temerosos de Dios, caritativos y hasta piadosos; unos santos, en fin, que ocupan alto puesto en los altares como Lázaro, el que pe-

día limosna en la puerta del rico Epulón, y San Benito Labre, el mendigo, que fué canonizado hace poco. Pero también hay ricos buenos, verdaderos pobres de espíritu que invierten sus caudales en contínuas obras de piedad y de misericordia.

- —¡Qué pocos, D. Vicente, qué pocos! (exclamó la zapatera). La mayor parte pasan la vida regodeándose, é insultando á los *probes* como nosotros. ¡Bandidos..... canallas....!
- —Vaya, vaya, Manuela, que se le ha calentado á V. la boca, y la ira es muy mala consejera.
- —No me negará V., D. Vicente (añadió Crispín), que esto no puede continuar así; que eso de que haya unos tan ricos, como ese judio maldito, que decíamos antes, y otros tan pobres como nosotros, es un escándalo, y que la igualdad de fortunas se impone, sí, señores, se impone, y á ella caminamos á buenas ó á malas, aunque Vds. no quieran.
- —A nosotros nos tiene completamente sin cuidado, amigo Crispín, porque somos casi tan pobres como V., y á duras penas vivimos de nuestro trabajo; pero eso de la *igualdad de fortunas* es un absurdo impracticable.

—¡ Cómo impracticable! Pues nada más sencillo. Con repartir entre los pobres lo mucho que les sobra á los ricos, estábamos al cabo de la calle.

-¿Sí? Pues verá V. cómo no; y para que se convenzan Vds. de lo absurdo del remedio, contaré una anecdotilla referente à ese capitalista judío, cuya colosal riqueza ha escandalizado á Vds. tanto. Cuentan que, durante una de tantas revoluciones ó motines callejeros por que ha pasado París, cuatro partidarios de la liquidación social, más atrevidos que sus compañeros, asaltaron el despacho de Rothschild y le dijeron: - Eh, ciudadano, ha llegado el día de que repartas cuanto tienes entre tus hermanos, porque aquí no hay ya más Dios, ni más Santa María, que Libertad, Igualdad y Fraternidad; con que, jal avío! abre la caja y entréganos lo que nos pertenece.-No me opongo (contestó el ladino judío); antes bien encuentro justo y conveniente vuestros deseos: ¿qué capital me suponéis vosotros? - Todos los periódicos lo han dicho: unos 6.250 millones de francos. -Paso por ello: ¿y cuántos serán los habitantes del globo?-Unos 2.000 millones. - Tampoco discuto la cifra: pues bien, 6.250 millones de francos repartidos entre 2.000 millones de hombres, tocan á tres francos con veinticinco céntimos; pero os daré cuatro á cada uno. Y uniendo la acción á la palabra entregó



Tocáis á cuatro francos cada uno.

cuatro pesetas á cada anarquista, y, más corridos que una mona, se marcharon por donde habían venido.

- -¿Y las tomaron?
- -;Qué habían de hacer después de haber reclamado su parte!
- ; Miserables! Primero debían haberle arrancado la lengua, para después saquearle la casa.

—Pero convenga V. conmigo, Crispín de mi alma, en que eso no hubiese sido repartir por igual los dineros de Rothschild, sino asesinarle y robarle; y es que la igualdad de riqueza es un despropósito.

—Pues no lo veo yo así, D. Vicente, y V. perdone, porque cuatro de éste, tres de aquél, dos del más allá, y uno, medio ó nada, vamos al decir, de cada quisque, quedaríamos todos iguales, sin que tuviéramos que humillarnos los pobres á pedir una limosna á los ricos.

-Pero, hombre de Dios, con eso no lograría V. sino que todos, absolutamente todos, fuésemos pobres; porque reparta V. la riqueza toda del mundo entre sus habitantes todos con igualdad matemática, y verá V. como ni siquiera nos toca para hacer cantar á un ciego.

-Otro gallo nos cantaría entonces, digo yo, bendito D. Vicente.

-Pero es que el reparto es imposible.

—Hágame V. Gobierno, y verá si es imposible: en seguida se quedaban los ricos sin una peseta.

- ¿ Para entregárselas á quién?

-¡Toma! Pues à mis amigos los pobres.

-Invertiria V. los papeles, y éstos pasarían á ser ricos y aquéllos comenzarían á ser pobres; pero tendríamos siempre la desigualdad, es decir, pobres y ricos á la vez. Más le digo á V.: si fuese posible hacer equitativamente ese reparto, que no lo es, no duraba ni cinco minutos. Porque es claro como la luz del medio día: unos hombres son trabajadores, económicos, amigos del ahorro, inteligentes, sobrios, frugales, modestos y robustos, y, naturalmente, estos tales, en vez de derrocharlo, aumentarían poco á poco su pequeña parte, hasta convertirse en verdaderos capitalistas; y otros, por el contrario, son holgazanes, malgastadores, necios, glotones, borrachos, jugadores, enclenques y enfermizos; de manera que su parte volaría al momento, se empeñarían en seguida, y concluirían por ser unos pobretones miserables: Mire V. si no cómo ajusta las cuentas un autor contemporáneo.

-Ya, pero las ajustará á su modo.

«Supongamos, dice este autor, que un día, por especial permisión de Dios, llegan á encaramarse en el poder algunos de estos amigos tuyos y de lo ajeno, y supongamos

que sólo por el deseo de favorecerte á tí emprenden la nivelación universal por medio de un reparto matemático de todos los bienes. Supongamos que se averigua escrupulosamente el número de ciudadanos que viven en una provincia, la de Barcelona por ejemplo, y el valor de los bienes muebles é inmuebles que radican en ella, sin excluir los valores representados en papel, alhajas, objetos artísticos, etc. Un orador de un club barcelonés se tomó la pena de echar sobre esto un cálculo, que supongo que tendría únicamente pretensiones de aproximado, y halló que le tocarían á cada ciudadano barcelonés unos veinte mil duros como veinte mil soles, sonantes y contantes, redondos y limpios de polvo y paja. Supongamos que, resuelto de este modo el cálculo, empieza la distribución, y recibe cada cual sus veinte mil duritos, y como por arte de encantamiento quedamos todos, y yo también, convertidos en respetables capitalistas. Escúchame bien por Dios, que ahí entra lo bueno. Quedamos todos iguales en aquel primer instante. Un momento después empiezo á seguir la pista á cada uno de aquellos lotes de veinte mil duros. No

quiero seguírsela á todos, que fuera éste como el cuento de las cabras de Sancho, que nunca acabó. Mi investigación se fijará únicamente en cuatro de los afortunados propietarios, á quienes llamaré con los nombres de Pedro, Juan, Pablo y Antonio. Sígueme en este examen de vidas ajenas, que será curioso.

»Pedro es un avaro de los que recatan su dinero hasta de la luz del sol, soltero, sin vicios, no por aptitud, sino porque cuestan cuartos; sin virtudes, porque estas mandan soltarlos alguna vez; sin necesidades, porque el infeliz se priva de todo. Una mala bohardilla ó un obscuro entresuelo, un zoquete de pan y la última ración de una fonda, he aquí sus gastos. El miserable recibe sus veinte mil duros, envuélvelos en su capa raída, busca ansioso el lugar más disimulado de su habitación, sepúltalos allí, y séales la tierra ligera.

» Juan es un infeliz, cuya casa parece un hospital. Padre de familia, tiénela á toda ella rendida bajo el peso de graves enfermedades. La esposa, mujer de bien, apoplética hace tres años; la hija mayor, tísica en segundo grado; los demás cada uno con su calamidad á cuestas. Juan es el único sano en la familia. Recibe los veinte mil duros, paga sus deudas, que son muchas, al médico, á la botica, etc.; alquila nueva habitación con mejores luces y aires más puros; sale en verano al campo y á los establecimientos balnearios; gasta y derrocha para devolver á fuerza de oro la salud á las prendas de sus entrañas. Los veinte mil duros disminuyen con una rapidez espantosa. ¿Qué será de ellos dentro de poco tiempo?

» Pablo es un tronera de marca mayor. La historia de sus veinte mil duros es muy sencilla, y cabe en una hoja de papel de fumar. Recibiólos, entróse en el café de la esquina, púsolos en diferentes partidas sobre una carta, ganó muchas veces, y llegó á verlos triplicados. Su codicia le engañó. Aventura de una vez toda la suma en una apuesta, y la pierde. Sálese del café sin temor á que le roben los ladrones, y duda entre dispararse un tiro, ó echarse al mar, ó colgarse de una viga.

» Antonio es un honrado menestral que soñó siempre con tener veinte mil duros á su disposición para emplearlos en buenos negocios. Es listo, y no se duerme en las pajas. Realiza grandes compras, y algunos días después logra ventajosas ventas. Va agrandando cada día el círculo de sus operaciones, economiza, medita sus planes, adquiere por su probidad la confianza pública, llega á ser rey del mercado, es millonario.

» Basta de suposiciones, y vengamos á la moraleja. Igual cantidad entregada á cuatro individuos, no ha podido hacerlos iguales. ¿ Podrá hacer iguales á cuatro mil, ó á cuatrocientos mil, ó á cuatro millones? Antonio, Pablo, Juan y Pedro fueron iguales un solo momento, el de la distribución. Un momento después, Pedro, Juan, Pablo v Antonio quedaban desnivelados, el uno por su avaricia, el otro por sus desgracias, el otro por sus calaveradas, el último por su actividad. ¿ Hay teoría alguna que pueda impedir este resultado? No, porque no hay teoría alguna que pueda hacer iguales á los hombres. Luego tampoco hay teoria alguna que pueda hacer iguales sus fortunas. Una liquidación general como se dice; un reparto exacto, como sueñan algunos, sólo lograrán que cambien de manos la riqueza y la pobreza. Serán otros los pobres y otros los ricos. Pero, á despecho de todos los reformadores, el resultado será siempre como lo ha ordenado Dios. Habrá ricos y habrá pobres. Cualquiera nueva organización social sería impotente para borrar esta desigualdad indispensable. Es un mal necesario en el linaje humano después del pecado de Adán. No hay remedio con que extirparlo. »

miner eterns, seguil que sesmos buenos

¿Si seremos todos iguales?

y tan humana como las demás desigualdades existentes entre los hombres. Cuando dicen los socialistas que todos somos iguales, y tenemos igual derecho á la riqueza, á los honores, á los placeres, etc., confunden al hombre abstracto, considerado en general, con el hombre concreto, esto es, con cada hombre particularmente considerado.

Claro que todos somos iguales, porque todos somos hombres, todos somos animales

racionales, todos constamos de alma y cuerpo, todos nacemos y morimos, todos sentimos, pensamos y queremos; y la doctrina católica, que es la que mejor ha entendido y explicado la igualdad humana, añade: todos somos hijos del mismo Padre celestial, que está en los cielos; todos hemos sido redimidos del pecado por medio de la preciosisima sangre de Nuestro Señor Jesucristo, derramada en el árbol santo de la cruz, y á todos nos espera un cielo de eterna ventura ó un infierno de desventura eterna, según que seamos buenos ó malos, y nos coja la muerte en gracia ó en pecado mortal. Pero todo esto se refiere al hombre especificamente considerado, hombre lo mismo que mujer, joven ó viejo, sabio ó ignorante; porque si se trata del hombre individualmente considerado, en concreto, de cada hombre en particular, ¿quién, estando en su sano juicio, se atrevería á sostener que todos somos iquales? ¿No es verdad, Juanito?

—Habla Vd. como un libro, amigo don Vicente, y á este propósito recuerdo haber leido, no sé dónde, poco más ó menos, lo que sigue. El hijo no nace igual á su padre ni en derecho, ni de hecho; antes al contrario,

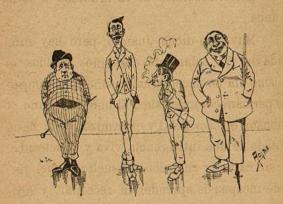
¡cómo difieren en cuanto al cuerpo lo mismo que respecto á la razón! De estas diferencias resultan para el padre el derecho de proteger y dirigir á ser tan débil como su hijo, y para el hijo el deber de obedecer y de dejarse conducir, dirigir y proteger por su padre. De manera que ni siquiera es cierto que los hombres todos sean iguales ante la ley ó en derechos, como han dado en repetir los partidarios absolutos de la igualdad á todo trance.

—Muy bien dicho, Juanito; pero hay más todavía. No solamente dos niños nacidos el mismo día no nacen iguales, sino que tampoco permanecerán iguales. El uno está sano y robusto, el otro débil y enfermizo. Éste nace dotado de una inteligencia viva y penetrante, de un carácter enérgico y resuelto; aquel parece incapaz de aprender ni recordar, y aún más incapaz de querer y decidirse. El primero, no obstante vuestros principios, amigo Crispín, mandará; el segundo, á pesar de vuestras excitaciones, no sabrá nunca más que obedecer. El uno nace hijo de un millonario ó de un rey, y el otro hijo de un mendigo, de donde el derecho indubitable del primero á

heredar un millón ó un reino, mientras la herencia en perspectiva del segundo se reduce á la indigencia que rodea su cuna.

—Precisamente esas injusticias queremos evitar nosotros. Puesto que todos nacen de mujer, que todos vengan al mundo con el mismo caudal.

— Ciertamente, todos nacen de mujer, amigo Crispín; pero de la misma manera que



¡Viva la igualdaaaa....!

no hay dos huevos ni dos gotas de agua enteramente iguales, aunque te mates tampoco encontrarás dos hombres ni física, ni intelectual, ni moralmente iguales. Altos y bajos, gordos y flacos, sanos y enfermos, feos y hermosos, robustos y débiles, en el orden físico; sabios é ignorantes, discretos y tontos, de talento é imbéciles, con gran memoria y desmemoriados, en el orden intelectual; y virtuosos y viciosos, santos y criminales, honrados y sin vergüenza, en el orden moral; tales y otras mil son las diferencias características que distinguen particularmente á los hombres entre sí, sin que además se encuentre ninguna de ellas desarrollada en todos los hombres idénticamente. Desengáñese V., amigo Crispín; la igualdad es una quimera y la desigualdad un hecho, lima contra la que se destrozarán siempre los dientes del envidioso.

—Yo á nadie envidio; pero quisiera justicia seca para todos.

—Pues bien, Crispín, lo natural, lo humano, lo justo, es, ha sido y será siempre, que á la desigualdad de la fuerza, del talento, del carácter, del trabajo y del éxito, corresponda necesariamente la desigualdad siempre en aumento de la fortuna, de la influencia, del mérito, de la ciencia y de la virtud '.

-¿ Y por qué de la fortuna?

—Por la concluyente razón de que la riqueza es producto del trabajo, el capital hijo del ahorro; el trabajo y ahorro no son más que aplicaciones de las facultades humanas. Si éstas, en su desarrollo por lo menos, son desiguales, desigual tiene que ser la riqueza ó fortuna de cada uno.

—No hay que darle vueltas, amigo Crispín (dijo Juanito levantándose y como poniendo fin á la conferencia); «siempre tendréis pobres entre vosotros», dijo nuestro Senor Jesucristo, y «el cielo y la tierra pasarán, pero la palabra de Dios no pasará».

—Al menos mientras yo viva no se acabarán los pobres, — contestó el desgraciado artesano, haciendo esfuerzos para incorporarse, á fin de despedir á sus bienhechores.

—Quieto, quieto. ¡No faltaba más! Hasta la semana que viene.

—Vayan Vds. con Dios, y muchas gracias por la compañía y por el buen rato.

Lauri de la lago de la lago de lago de la lago de la

¹ Véase un folleto de Boylesve titulado Los tres 89.